

Mi máscara de perfección

Desde que era pequeña, no usé mi voz y me escondí en el fondo para pasar desapercibida. Como resultado, me convertí en lo que la gente quería que fuera. Me etiquetaron, “la buena, la callada.” Tenía miedo a ser rechazada, así que me dediqué a complacer a los demás. Creí la mentira de que, si era perfecta, me amarían. Ahí fue cuando empecé a llevar puesta la máscara.

Mi necesidad de amor y aceptación causó que escondiera partes de mí misma. Solamente mostraba los lados buenos para que la gente me amara. Entonces, cuando tenía 12 años, empecé a tomar a hurtadillas el whiskey del gabinete de licor de mis padres. Ahora, realmente me estaba escondiendo. No quería que mis padres se enteraran. Ellos eran muy estrictos conmigo por ser la mayor y no quería que se enojaran conmigo o se decepcionaran de mí.

Conforme crecía, mis pecados eran más y más graves y mis secretos se volvían más y más grandes, así que me aislé aún más y escondí todo. Mi máscara se transformó conforme crecía. De niña aspiraba a la perfección. Era una estudiante buena, una atleta buena y una niña buena en general. Cuando no estaba trabajando, sacaba provecho de un estilo de vida de alcohol, drogas y sexo. Cuando estaba en casa, seguía siendo la buena, pero en la preparatoria estaba juntándome con los que fumaban y se drogaban.

En ese momento, el complacer a la gente regía mi vida. A lo único a lo que aspiraba era a los elogios de los demás y a tener un lugar en el cual encajara y me sintiera segura pero no lo encontraría por mucho tiempo. Honestamente, perdí mi propia identidad porque quería encajar con los demás. Ya no sabía lo que me gustaba o lo que quería hacer porque me convertí en un camaleón y cambiaba dependiendo del grupo con el que estaba. Había perdido mi propia identidad aspirando a complacer a los demás.

Sentía que no me amaban y que estaba perdida. La bebida y el uso de drogas estaba fuera de control. Era una bomba a punto de estallar. Me odiaba a mí misma y me sentía tan deprimida. Batallaba para mantener todo en orden. Cuando supe que estaba embarazada, como una estudiante universitaria de 21 años de edad, entré en pánico. Este embarazo no encajaba en la narrativa que estaba dejando que mis padres vieran. No era la buena y la callada. Estaba haciendo cosas muy impías, pecaminosas y destructivas y ahora iba a terminar con la vida de mi bebé.

¿Cómo terminé aquí? Toda mi vida era una mentira. Tendría un aborto y actuaría como si todo estuviera bien. Pero no todo estaba bien. Después de este evento traumático, estaba más deprimida que antes, lloraba todo el tiempo y bebía más. El odio hacia mí misma y los pensamientos suicidas estaban ahora atormentándome continuamente. Solamente quería morir para que ese tormento terminara. Era demasiado difícil mantener esta fachada. Lentamente mi máscara se agrietaba y tenía tanto miedo a quedar al descubierto. Todos mis pecados y mentiras se desbordarían. Tenía miedo.

A principios de mis treinta años tuve un colapso físico y emocional. No podía funcionar de manera normal para nada. Me acostaba en el sillón por semanas enteras. Todos los años de bloqueo y mentiras y todo el dolor al que me había aferrado toda mi vida comenzaba a desbordarse. Era como un volcán andante, derramando cenizas incandescentes en quien se

metiera en mi camino. Estaba extremadamente sensible. Sentía que no podía ver a nadie a los ojos porque si lo hacía no podría dejar de llorar.

Lentamente comencé a reconocer que necesitaba ayuda. Necesitaba a alguien que me amara, me acepta y me sanara. Necesitaba un Salvador. Entonces, el 2 de enero de 1994, escuché el evangelio por primera vez. En cuatro semanas le di mi corazón a Jesús, confesé mis pecados, me alejé de mis caminos antiguos y me volví a Dios. Estoy por llegar al XXVI aniversario de mi salvación y es el día más dulce de mi vida. Es el día que finalmente entregué mi vida a Dios y le permití que sanara mi cuerpo quebrantado, mi corazón quebrantado y mi quebrantada mente. Él me transformó en la mujer que Él creó: una mujer amorosa, segura y llena de gozo y paz. He sido adoptada en la familia de Dios; soy aceptada y finalmente amada. Me siento segura de ser yo. Puedo quitarme la máscara ahora porque finalmente estoy en casa.

¿Traes puesta una máscara?

¿Qué aspecto tiene tu máscara?

¿Tienes el valor de quitarle la máscara y ser auténtica?

Oro para que Dios te sane, que te llenes de Su amor y que tengas el valor de quitarte tu máscara.

Bendiciones.

Toni